

IVÁN LEDESMA

KAOS

DRAGONYS

MISTERIO EN
EL MUSEO DE CERA



DESTINO

DRAGONYS

MISTERIO EN EL MUSEO DE CERA

Iván Ledesma

Ilustraciones de **Kaos**

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2021
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto, Iván Ledesma García, 2021
© de las ilustraciones, Juan Bermúdez Romero, 2021
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: septiembre de 2021
ISBN: 978-84-08-24572-8
Depósito legal: B. 11.307-2021
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



María era siempre la primera en llegar al Museo de Cera. Cada día levantaba la pequeña persiana de acceso a la puerta principal, encendía las luces y el sistema de sonido, que emitía los ambientes en las distintas salas, colocaba el enorme Frankenstein que señalaba el acceso a la Sala del Terror, la más visitada del museo, y después se metía en la taquilla.

Una vez dentro, encendía la pantalla dividida donde se emitían las imágenes de las cámaras de seguridad, y, a continuación, se sentaba tranquilamente a leer el periódico, comerse una rosquilla y tomarse el café que había pedido en la Taberna de los Elfos y los Trolls, el bar adyacente al museo.

Pero aquella mañana, al encender la luz de acceso al pasillo donde se iniciaba el recorrido del museo, se dio cuenta de que algo era distinto: Frankenstein no estaba en su sitio.

La chica que ayudaba a veces en el turno de tarde, una joven estudiante de instituto que les echaba una mano desde hacía un par de meses y a la que habían conocido a raíz de haberse presentado allí con unos tiques antiguos, siempre lo dejaba detrás de las cortinas del vestíbulo. Pero hoy no estaba allí.

«¿Te imaginas que haya cobrado vida? —pensó, y un escalofrío le recorrió todo el cuerpo—. Ay, seguramente debe de estar en “chapa y pintura”.»

Así es como llamaban al pequeño taller que había en el mismo museo y en el que reparaban los muñecos de cera cuando necesitaban restaurarlos.

Echó un vistazo al pasillo de entrada para cerciorarse de que, realmente, Frankenstein había desaparecido, y sacó el móvil del bolsillo para llamar a su compañera.

«Debe de estar en clase —pensó—. Miro en chapa y pintura, y, si no, qué remedio, llamo a papá.»

El padre de María, el señor Matías, no era otro que el dueño del museo. María prefería no tener que llamarlo, pues seguro que el hombre se presentaría allí rápidamente y se quedaría con ella todo el turno.

El señor Matías adoraba su museo, y aprovechaba cualquier excusa para poner los pies en él. De joven había trabajado en el cine, en efectos especiales, y su sueño había sido abrir ese local.

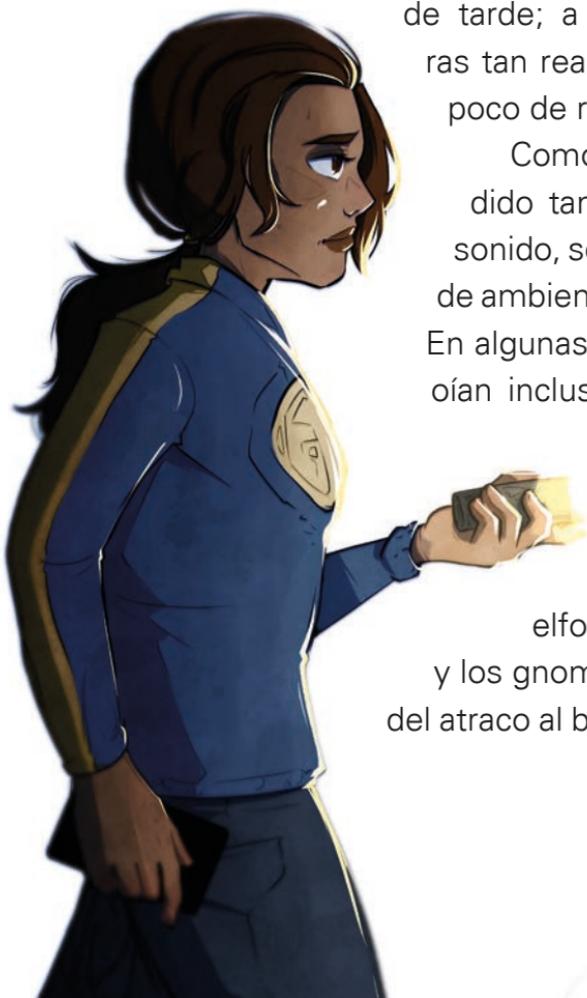
Aunque María sabía a ciencia cierta que a esas horas no iba a entrar ningún cliente al museo, igualmente colgó el cartel de «Vuelvo en 5 minutos» en la puerta de entrada, que cerró con llave.

Antes de ir al pasillo que comunicaba el vestíbulo de entrada con el resto del museo, cogió la linterna, porque había salas en las que había un sistema de iluminación muy tenue para crear así una mejor ambientación.

«Quizá papá ha decidido cambiar a Frankie por alguno de los otros», se dijo. Aunque eso no parecía muy lógico, pues Frankenstein era el favorito de su padre.

Algo titubeante, se encaminó hacia el taller. Las figuras de cera no le producían ese extraño encanto que parecía fascinar tanto a su padre como a la chica del turno de tarde; a ella esas figuras tan reales le daban un poco de repelús.

Como había encendido tanto luces como sonido, sonaba la música de ambiente en el recinto. En algunas de las salas se oían incluso voces: en la casa fantástica, el rumor animado de los elfos, los duendes y los gnomos, y en la sala del atraco al banco, los dispa-

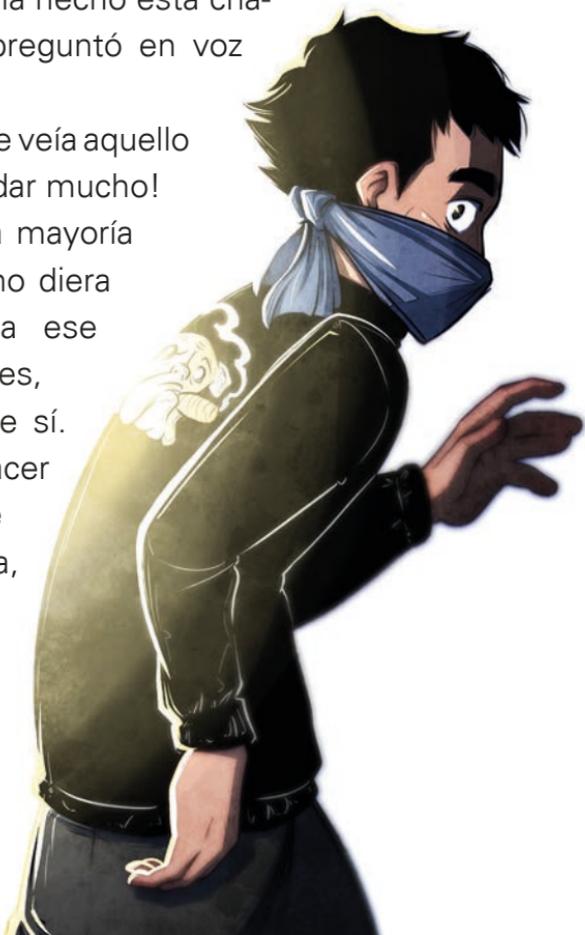


ros, las sirenas de la policía y los gritos de los ladrones.

Precisamente, al llegar a esa sala, algo llamó su atención: ¿era ese atracador un nuevo muñeco? La figura llevaba el clásico pañuelo de los años veinte que le tapaba la cara y un anacrónico chándal negro con un enorme bulldog que fumaba un puro bordado en la espalda.

—¿Quién ha hecho esta cha-
puza? —se preguntó en voz
alta.

¡Si su padre veía aquello
se iba a enfadar mucho!
Puede que la mayoría
de la gente no diera
importancia a ese
tipo de detalles,
pero su padre sí.
Si ibas a hacer
una figura de
cera histórica,
tenías que
hacerlo bien;



no podía ser que un emperador romano llevara un reloj de pulsera, o que un rey medieval estuviera llamando por teléfono.

Además, observándolo mejor, el atracador estaba situado fuera de la enorme puerta de la cámara acorazada, cuando toda la escena se desarrollaba dentro. Y el pañuelo que llevaba... ¿no era el de Bonnie, una de las figuras principales del atraco? María buscó a Bonnie y, efectivamente, esta andaba a cara descubierta. Verla así le dio grima, pues la barbilla, antes cubierta por la tela, era un trozo de masilla sin pulir.

Qué extraño estaba resultando todo esa mañana.

Se acercó al nuevo muñeco. De repente, sonó un disparo y se oyó un grito a su espalda, que la hizo sobresaltarse y volverse dando un brinco. Pero allí solo había un altavoz. Los gritos y las sirenas comenzaron a sonar a su alrededor.

Suspiró con el corazón latiéndole a toda velocidad, y volvió a centrar la atención en

el atracador. Y entonces sí que el grito fue auténtico.

Porque era suyo.

El atracador ya no estaba en su sitio. Escapaba.

